



Advertencia ya antigua de José Ingenieros: "Escriban, muchachos: los libros no los lee nadie, pero dan prestigio". Ingenieros, autor de "El hombre mediocre", se equivocaba. Los libros se leen, pero no dan prestigio. Escribir un libro dejó de ser privilegio de la clase intelectual. Ahora constituye signo comunitario de la sociedad de masas. A este respecto, Eduardo Molina Ventura —el "Chico Molina"— revalidó a través de Max Picard la singularidad creadora del silencio. Molina, escritor sin libros, se detenía con especial énfasis en este párrafo de Picard: "Lo que distingue a nuestra época de toda otra es lo siguiente: No hay espacio libre para que pueda suceder lo inesperado, ni siquiera para que pueda suceder algo. Se ha formado un inmenso potencial por la masa de los hombres, de las máquinas, de las mercancías, los resultados científicos, la masa de las noticias, las palabras, los ruidos que van produciéndose minuto a minuto. Este potencial llena hoy por completo el espacio. Desborda al hombre y a los hombres. El totalitarismo político es el equivalente del monstruo industrial que todo lo abarca. Y la burocracia de la dictadura o la dictadura de la burocracia intenta organizar externamente todo lo que es imposible de controlar".

Libro-objeto? No. Mercancía-libro. ¿Dónde está el hombre?, se preguntaba, virtualmente sepultado por un alud de libros, Max Picard.

Pues bien, Chile no lo hace mal. En virtud de la enérgica entrega de "los talleres literarios" los escritores propiamente inútiles o detestables van extinguiéndose. Desaparecen. Era un gusto en tiempos de Fray Apena (Alejandro Baeza) ver cómo los guardianes del orden estético vapuleaban a un escritor de escasa monta. Durante un mes, poco más o menos, se le escarnecía a la vista de vecinos prominentes. Hoy los escritores de pequeña monta casi no existen. Todos tienen algo sustancioso que decir. Vivimos, de este modo, acosados por mensajes de noble trascendencia. En conjunto, estos mensajes forman una red tupida no exenta del circuito a veces sospechoso en su trama de comunicaciones.

Las palabras con que Gabriel Antonio Enos, autor de "El último de los lloradores" (1986), encabeza su volumen de relatos "El peso brutal de la realidad" (Editorial Amadeus, 1988)

GABRIEL ANTONIO ENOS



Portada del libro de Enos

trasuntan un verdadero desafío al lector ocioso y vago que suele andar papando moscas en pleno vuelo de obras maestras: "Lector: Con «El peso brutal de la realidad» no me refiero a algo en particular, sino a todo. ¡Nada de lo que veo me agrada! Porque eso de que «el mundo fue y será una porquería» yo también lo sé... En general hay hombres que jamás serán comprendidos. Mucho menos sus obras. Son los impopulares (¿selectos?); solitarios que soltaron el lastre empapado de realidad y se elevaron tanto que no los alcanzan a ver...". Enos es prologuista innato. Explica y se explica. Su fantasía narrativa se puebla de quimeras "de carne y hueso", de acuerdo con los propósitos de la dedicatoria: "a los que creen en caballos alados. A los que creen en quimeras de carne y huesos (sic). A los que creen en Dios y en la Virgen". En fin, a los niños, a los enamorados, a los católicos de profesión apostólica y romana. En su prólogo-advertencia, por otra parte, Enos se encarga de notificar a los ignoros: "... no existen los sacerdotes malos. No existen los militares malos. ¡Hay hombres malos!".

Por descontado que menos existen los "escritores malos".

El nombre de Lucas Rosende rivaliza en la prensa escrita con el de Alberto

Collados Baines. Ambos cultivan un género que debería llamarse "greguería epistolar". Sus "cartas al director" son escuetas, sostenidas a irresistibles. A Collados Baines lo destaca la apostilla de la circunstancia política. Sus dardos, nunca hirientes, apuntan por igual a moros y cristianos. Lucas Rosende otorga prioridad al artefacto poético. En este campo no son del todo peregrinos sus aciertos. En un sobre titulado "Cartas cortas" (con un sello en la parte superior derecha en que se lee: "Correos de Chile. Cierro oficial") Lucas Rosende reúne en hojas sueltas de papel rústico, algo así como el "pipeto" de los papeles, un interesante caudal de greguerías en las que la actualidad mundana se mezcla con el juego de palabras y el ingenio de vocación poética. Por ejemplo: "Hay aromas/ que hacen/ al recuerdo/ respirar/ profundo"; "Invencible Armada. Don Quijote cruza/ el Canal de la Mancha/ encabezando una flota/ de molinos de viento"; "Dulces/ son las celdas/ de los panales/ como amargas/ son las celdas/ de los penales"; "En el interior/ de la botella/ hay un hombre/ mareado/ que ha perdido/ la batalla/ y se hunde/ con su barco"; "Madre hay una sola/ Madres hay muchas solas"; "La televisión/ es el ocio/ del pueblo"; "El mar contaminado/ es un desierto/ de arenas movedizas", etc.

Ciertamente, hay greguerías y greguerías. No todas las de Ramón Gómez de la Serna eran dignas del bronce. Algunas eran sólo para la piedra berroqueña. Lo mismo pasa con el modesto papel de envolver en que graba las sayas Lucas Rosende. La vida es así. De dulce y de agroz. O de dulce y de grasa, a la chilena.

Con ilustraciones memorables de Ceré (Mario Silva Ossa, hermano de María Silva Ossa) la Editorial Pehuén publica en su Colección Moby Dick, dedicada a los niños, el "Viaje de Gulliver a Liliput" (primera parte del libro célebre de Jonathan Swift). La colección es dirigida por el escritor y periodista Juan Andrés Piña y la traducción del volumen se debe a Andrea y Jorge Barros. Bajo el disfraz de una fábula para niños, Swift escribió una de las mejores y más punzantes sátiras políticas de todos los tiempos.

● Filebo

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escriban, muchachos [artículo] Filebo. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile